

vento lo sabemos todos. Pero como toda evolución de la tecnología, depende del uso que se haga de ella para que su uso sea o bien provechoso, o bien nefasto. Y prueba de ello es la ya famosísima página Youtube, un lugar donde cualquiera puede subir sus vídeos caseros de forma gratuita y sencilla. Una idea estupenda que desde sus inicios, en febrero de 2005, se convirtió en todo un descubrimiento y en una utilísima herramienta, pero que en pocos años ha puesto en tela de juicio sus límites éticos. Como se ha podido comprobar en recientes y sonados casos, como el de un joven inglés que apaliza y se orina encima de una mujer que estaba teniendo un ataque de corazón en plena calle mientras lo grababa todo con el móvil al grito de 'esto es material de Youtube'. Le han caído tres años de cárcel.

Y es que en teoría, los responsables de la página borran de inmediato cualquier vídeo con contenidos sexistas, racistas, violentos o de cualquier otro tipo de naturaleza que atente contra los derechos humanos. Pero ocurre que en la práctica es muy difícil controlar los contenidos de los millones de vídeos que se suben a diario a Youtube. Por ello muchos vídeos no son retirados

hasta que alguien decide enviar una queja formal por correo electrónico a los dueños de la página. Y eso, sumado a las grandes lagunas legales que afectan al entorno de internet, hace que un vídeo con contenidos inadecuados pueda rondar por la web durante meses sin que nadie lo detecte.

En este contexto, sólo ha faltado que las tecnologías de los teléfonos móviles también mejoraran para que cualquiera pueda grabar cualquier situación y hacerla pública a millones de internautas en cuestión de minutos. Esta circunstancia ha hecho que muchos adolescentes conviertan sus vídeos de móvil en preciadas 'piezas de youtube', tal y como las llaman. Y los profesores se han convertido en una de sus presas de caza favoritas.

Muchos vídeos de este tipo son borrados rápidamente y no se les puede seguir el rastro, pero aún se mantiene en la página uno de los más sonados: un vídeo que ya tiene un año de antigüedad y en el que puede verse a un adolescente de 15 años de un instituto de un municipio alicantino, agrediendo a puñetazos y patadas a un profesor por haberle confiscado un paquete de tabaco que tenía dentro del

aula. Ni corto ni perezoso, al 'perla' de alumno no se le ocurrió otra cosa que propinar una paliza al profesor, pero no sin antes pactar con una compañera que lo grabara todo en vídeo con su teléfono. Y no ya sólo para subirlo en Youtube para escarnio del profesor vejado, sino también para tratar de vender el vídeo a televisión. Tele 5 fue la elegida para recibir el material y, lógicamente, denunció el caso. Basta poner 'acosar profesor' en el buscador de la página para dar, como primera opción, con el citado vídeo. Un reportaje en el que se afirma que el 15% de profesores han sido agredidos alguna vez.

INSULTOS Y AMENAZAS

Y efectivamente: en el estudio más sesudo realizado sobre la materia hasta ahora (el informe 'Violencia escolar: el maltrato en la Educación Secundaria Obligatoria'), se especifica que exactamente un 14% de docentes afirman haber sufrido agresiones físicas directas. Y no es una cifra gratuita: se trata de un estudio empírico realizado por el Defensor del Pueblo y Unicef que recoge entrevistas a 3.000 estudiantes de 300 centros públicos, concertados y privados de toda España, así como a los 300 jefes de estudios de los citados centros. Todo ello entre 1999 y 2006.

Si bien según este documento el mal más extendido entre las aulas no es la agresión, pero sí el insulto: el 74,3% de los jefes de estudio entrevistados admiten que profesores de sus centros son insultados. 3 de cada 4. Poca broma. Y no sólo eso: el 55,3% afirma que los alumnos siembran rumores dañinos, el 53% que destrozan mobiliario escolar, el 40,3% que intimidan y/o amenazan y el 35,3% que roban. Ante estas cifras, no son de extrañar las quejas de los docentes que en vista de que la intensidad del problema se estaba agravando, han decidido dar la voz de alarma. Apelando no sólo al sistema educativo y sus responsables, sino también a los padres.

Y es que, tal y como afirmó el profesor de Málaga agredido cuyo caso abre este reportaje: "Lo peor de todo no es el daño físico, que también duele, sino el sentimiento de frustración que genera este hecho. Esa sensación de que, en cierto modo, la docencia ha fracasado. Eso es lo que más duele".

EL BISTURÍ

El fracaso de la docencia

Los que no hace tanto que abandonamos las aulas de bachillerato sabemos que lo de la falta de respeto a los profesores no es un problema nuevo. Y menos a ciertas edades -en concreto en la del pavo-, cuando varias decenas de energúmenos con acné que ya se creen adultos se divierten haciendo la vida imposible a ciertos educadores. Siempre había el profe enrollado, que sabía ganarte la partida y la confianza. Y también el profe sargento, que sabía poner la clase en orden y que no se oyerá ni una mosca. Pero bien cierto es que también había el pobre profe buenazo que, de tan buenazo, se le acababa subiendo la clase entera a la chepa. Eso no es nuevo. Lo que es nuevo es el aumento del nivel de intensidad de ese cierto pasotismo. Una actitud que ha pasado de ser eso, pasota, a ser cada vez más violenta. Lo que ocurría antes no por conocido deja de ser más justificable, pero por mucho cachondeo que hubiera con algún más que sufrido docente, había una línea que jamás se cruzaba: la de la agresión. Y este principio tan de sentido común parece que se está perdiendo. Parece que los alumnos no es que ya vean al profesor como a un igual, sino como a un inferior. Y si la cosa sigue así, los profesores tendrán que volver a castigar físicamente a los alumnos. Pero no porque lo diga el sistema educativo, sino simple y llanamente para defenderse. Pero claro: ¿se han planteado qué ocurriría si el profesor no fuera el agredido sino el agresor? Dios no quiera que un día algún profesor, harto de aguantar ciertas vejaciones, pierda los estribos y le endiñe una buena leche a más de un crío malcriado que se la haya ganado. No quiero ni pensar al linchamiento al que se le sometería (cuando la mayor parte de la culpa en la mala educación de un hijo es de sus padres, no de la escuela a la que le hacen pagar el pato). No soy partidario de la violencia física como método de aprendizaje, por supuesto. La letra con sangre no entra: la letra con sangre lo que consigue es crear una mala baba del copón, y eso no es educar. Pero esa estrategia de cierto progresismo mal entendido que es la del dejar pasar y dar total autonomía al alumno es evidente que tampoco es la solución. ¿Cuál es entonces? Pues no lo sé. Pero como los que cobran para encontrarla no la encuentren rápido, los valores del sistema educativo se van al garete en dos días. Y con ellos, el futuro de la sociedad.



◆ JAUME RIBELL

REVISTA DEL VALLÈS

Un problema de sobreprotección

No hace tantos años, cuando un profesor reñía o castigaba al alumno, éste sabía que le caería castigo doble, porque en cuanto lo supieran sus padres le volverían a regañar por hacer algo mal. Con lo cual bien se guardaba el chaval de no hacer lo que no debía. Paradójicamente ahora suele ocurrir lo contrario: cuando un alumno es reprendido por un profesor, raro es el caso en que los padres del alumno no se presentan en la escuela para pedir explicaciones. Con lo que al adolescente se le da el mensaje que pase lo que pase y haga lo que haga, sus padres le defenderán. Y que ese señor o señora que pretende castigarle no tiene potestad para hacerlo. Sin embargo... ¿se imaginan al profesor pidiendo explicaciones a los padres de por qué su hijo es tan mal educado y no les guarda respeto alguno? No, ¿verdad?

"Hace años, cuando yo estudiaba, lo que decía el profesor iba a misa", corrobora la regidora de Educació, Pietat Sanjuán. "Y efectivamente esto ya no es así. Ahora la figura del profesor está muy desautorizada. Una desautorización que empieza por las propias familias". ¿Y por que ocurre eso? Pues como mantiene la propia Sanjuán: "Porque en las aulas se refleja la realidad familiar actual". Una sociedad en la que los padres cada vez tienen menos tiempo para dedicars a sus hijos. Lo que crea un sentimiento de culpabilidad por ser 'malos padres', que psicológicamente se traduce en una actitud de sobreprotección hacia el hijo o hija, que hace que se cuestione todo lo que ocurre alrededor del menor. Si bien como concluye la propia regidora, "los motivos que han conducido a esta realidad son muchos y de diversa naturaleza".